

Reflexiones en el XXV Aniversario de los Mártires de la UCA

Michael J. Sheeran, S. J.*

Mientras nos reunimos aquí en San Salvador para conmemorar el Vigésimoquinto Aniversario de los Mártires de la UCA, habrá conmemoraciones en todas las 28 universidades jesuitas en Estados Unidos. Misas, pláticas sobre los mártires, una presentación artística, la reunión de Washington de la red de Solidaridad Ignaciana, así como nuestro encuentro aquí; todo esto desempeñará un papel muy importante en la profundización de motivarnos a vivir nuestra fe como lo hicieron los mártires. Estas conmemoraciones valen la pena.

Pero hay otros eventos que ameritan ser mencionados también: este fin de semana, la Universidad de Saint Peter (Saint Peter's University) en la ciudad de Jersey, New Jersey, abrirá su centro para estudiantes indocumentados. Este fin de semana, participantes en el Programa Colegas Ignacianos de la Asociación de Universidades Jesuitas en Estados Unidos (AJCU) están planificando su próxima visita a ambos lados de la frontera en El Paso, la cual incluye docentes y personal administrativo. En la Universidad Jesuita de Wheeling (Wheeling Jesuit University), los estudiantes de enfermería se están preparando para otro viaje a Centroamérica con el objetivo de proporcionar ayuda médica. Grupos dentro de las 28 universidades jesuitas en Estados Unidos están planeando sus viajes acostumbrados a México, Vietnam, África, Centroamérica y Suramérica.

En todas estos viajes, la actividad es una forma de aprender lo que significa “la fe que hace justicia” (Congregación General Jesuita 32, 1975) y aprender que “tener educación es tener la obligación de hacer un mundo mejor”.

Nosotros, los jesuitas estadounidenses, y nuestros compañeros laicos debemos mucha de nuestra participación en estos esfuerzos a los mártires de la UCA. Permítanme compartir con ustedes una experiencia personal.

* Presidente de la Asociación de Universidades Jesuitas en Washington, DC. Anteriormente, trabajó en la Universidad de Regis (Regis University) en Denver, Colorado por casi 40 años, los últimos 20 años fue rector. Pronunció estas palabras el 16 de noviembre de 2014, en el marco de las celebraciones por el XXV Aniversario de los Mártires de la UCA.

Hace veinticinco años, yo era un administrador jesuita de mediana edad en lo que antes era Regis College en Denver. Nuestros docentes formaban una gama que iba desde sociólogos marxistas hasta un número más grande de defensores del modelo económico de Reagan en el área de negocios. Había un consenso de que ese tipo de modelos de pensamiento representaba un espectro político normal y que los administradores de la universidad no debían tomar partido.

En eso pasó el martirio en la UCA. A los docentes y personal administrativo en mi universidad, pero especialmente a los jesuitas, nos avergonzó que la barbarie de esos asesinatos haya sido producto de entrenamiento y asesoramiento estadounidense, la cual hizo posible que esa tragedia sucediera.

En pláticas en los días siguientes, era obvio que nuestro deseo de no tomar partido en cuestiones políticas era algunas veces excusa en nuestra falla de no tomar partido en situaciones morales importantes. Junto con las otras 27 universidades jesuitas, repentinamente, nuestra presencia se volvió evidente al visitar a miembros del Congreso, al bombardear los periódicos con cartas y aun al pedir, a nuestros administradores más conservadores, que contactaran a sus amigos en la nueva Administración de George H. W. Bush que demandaran una explicación honesta y detallada de lo que había sucedido.

Este activismo –no hay otra palabra– en política estadounidense fue apoyada con la idea de que, aunque estamos hablando de naciones soberanas, pertenecemos a un movimiento globalizado buscando un bien mejor.

En los veinticinco años desde que sucedió ese hecho terrible, las universidades jesuitas estadounidenses nunca han vuelto a ser “objetivas” en cuestiones “políticas” como lo habían sido antes. Quizás sea que porque algunos aspectos del asesinato en la UCA fueron vistos a la ligera en audiencias y procesos judiciales por muchos años, pero esta situación permaneció viva en la conciencia de los docentes, personal administrativo y jefaturas. Como resultado, los rectores y los decanos se sienten más cómodos tomando partido en situaciones que van desde la situación de los inmigrantes indocumentados y su dignidad como seres humanos, hasta el cuidado de la salud universal, la educación de los pobres nacionales e internacionales. Se han priorizado presupuestos con base en experiencias de estudiantes involucrados en viajes de inmersión a servicios de aprendizaje acompañados de reflexiones y conversaciones serias acerca de servirle al Cristo que está escondido en el vecino en necesidad.

Hay que admitir que estamos aún muy lejos de desempeñar el papel que hicieron los mártires de la UCA como pregoneros profetas de la realidad social de El Salvador. Pero también estamos a una distancia que sobrepasa la institucionalidad neutral en todos los asuntos “políticos” que nos dispensaron de tomar posiciones morales.

Para las universidades jesuitas estadounidenses, han sido veinticinco años de un movimiento lento pero real en la dirección en que nos guiaron los mártires de la UCA, quienes con su muerte retan nuestras vidas. A medida que surgen situaciones donde las demandas morales superan las diferencias políticas legítimas, aprendemos a ser ejemplo para nuestros estudiantes en cuanto al significado de respaldar las legítimas aspiraciones de los que no tienen voz, ya sea pobres nacionales o víctimas de la anarquía internacional.

En nombre de las 28 universidades jesuitas estadounidenses, les agradezco a los mártires por mostrarnos el camino.